

# tribuna

Se reúnen en esta sección de la página editorial los artículos de especialistas en diversos temas que "El Mercurio" solicite a sus autores, sin excluir ninguna tendencia o ideología. El propósito es proporcionar al público lector puntos de vista sobre los problemas nacionales tratados por profesores, profesionales, políticos destacados y escritores. Los que escriban para "Tribuna" no deberán observar otra norma que la de evitar polémicas personales.

La Dirección



## Inflación y Estabilidad

Por SERGIO MOLINA SILVA, ex Ministro de Economía, ex Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, ex Vicepresidente de la CORFO.

Los gobiernos de las últimas décadas han coincidido en que la inflación es inconveniente para el desarrollo económico y social de Chile, e invariablemente han propuesto la detención del proceso inflacionario como uno de los puntos esenciales de sus programas. Sin ir más lejos, en las páginas de este diario del domingo pasado aparece la primera declaración de don Pedro Vuskovic, Ministro de Economía del nuevo Gobierno, quien expresó a un periodista: "yo diría que hay tres objetivos centrales que se manifestarán en el plan económico con medidas a corto plazo. Ellos son: El control de la inflación, el aumento de los empleos y el incremento de la capacidad de consumo de los sectores populares". La voz más autorizada del Gabinete, en materia económica, ha puesto el control de la inflación dentro de los tres puntos de mayor prioridad en la política de corto plazo.

Existe opinión unánime entre los economistas en el sentido de que la inflación persistente provoca una mala asignación de los recursos, desalienta el ahorro y perjudica a los sectores más pobres y menos organizados. En una palabra, sus efectos son socialmente injustos y económicamente perniciosos.

Si bien existe esta unanimidad para reconocer que la inflación es una enfermedad grave para el organismo económico de un país, no hay el mismo consenso respecto a las causas que la generan y en el tratamiento para extirparla.

En efecto, mientras unos ponen especial énfasis en los factores de demanda, como salarios, gasto público, expansión monetaria, etc., otros señalan que las causas esenciales están en la estructura de la economía, destacando los desequilibrios del comercio exterior y la rigidez de la oferta de productos agrícolas.

Esas dos escuelas, monetarista y estructuralista, extreman sus desacuerdos en el debate público, pero vuelven a coincidir en que la inflación, una vez en marcha, crea un proceso de causalidad circular. O sea, que existen factores que se suceden como causa y efecto y se empujan mutuamente.

Todos sabemos que cuando se producen alzas de precios los asalariados piden reajustes compensatorios, los que a su vez se transforman en mayores costos; los mayores precios y salarios aumentan los gastos públicos que originan el déficit fiscal y se debe acudir a nuevos impuestos para financiarlos; el alza de costos y precios crea condiciones difíciles de venta de nuestros productos en el exterior, lo que origina desequilibrios en la balanza de pagos; este desequilibrio hace que las autoridades se vean obligadas a devaluar el tipo de cambio; la devaluación aumenta el costo de las importaciones, especialmente de alimentos y materias primas necesarias para el funcionamiento de la industria nacional, y esto inicia nuevamente la vuelta del círculo causal.

El simple enunciado de esta serie de variables que se influyen mutuamente da una impresión de lo complejo que resulta romper estos círculos viciosos, sobre todo cuando un país ha vivido por muchos años en un proceso inflacionario crónico, donde los distintos agentes económicos se han habituado al fenómeno y adaptado su funcionamiento a este sistema de valores inestables. La persistencia de la inflación en Chile ha provocado una deformación en la manera de pensar de los empresarios, trabajadores, políticos, dueños de casa, etc., que actúan bajo la ilusión monetaria sin darse cuenta de que lo importante no es la cantidad de dinero de que se dispone, sino lo que éste puede adquirir en el mercado.

Esta mentalidad inflacionaria hace más difícil la acción de los gobiernos porque las medidas no sólo deben ser eficaces desde un punto de vista técnico, sino que además capaces de romper esta ficción creada por el velo monetario que ha ocultado la realidad económica durante años.

Afortunadamente hoy existe abundante literatura sobre la inflación: la investigación y la técnica económica han hecho importantes avances para desentrañar las causas que la originan, los mecanismos a través de los cuales se propaga y las medidas más convenientes para contenerla, tanto si la inflación está impulsada por una presión de costos o por una demanda excesiva.

La política antinflacionaria debe apuntar simultáneamente a los factores estructurales y a los mecanismos de propagación que se expresan principalmente en el déficit fiscal, en el aumento de salarios, utilidades y otros ingresos, en las devaluaciones, en la expansión monetaria, etc.

En mi opinión no hay dificultad para diseñar técnicamente un conjunto de medidas que detengan el proceso inflacionario. Lo que nadie puede esperar es que la aplicación de un programa antinflacionario sea indoloro. Necesariamente algunos grupos se verán afectados en su ingreso actual o a lo menos en las expectativas de corto plazo.

Es perfectamente posible y políticamente necesario que el programa de estabilización que se apique no lesione los salarios y que por otros arbitrios incluso permita elevar los ingresos efectivos de los grupos más postergados y aumentar la tasa de crecimiento de la economía. Sin embargo es aquí donde se entra en la parte medular del tema, que no es técnico, sino que cae en el área de lo socio-político: ¿Cómo hacer que la comunidad acepte las medidas que hay que tomar para pasar de la inflación a la estabilidad? ¿Cómo graduar los beneficios de los grupos que se desea mejorar sin que se transformen en presiones inflacionarias? ¿Hasta dónde es posible limitar o reducir los ingresos de aquellos grupos que deben soportar el sacrificio, sin ocasionar un daño en la actividad económica?

Para resolver éstas y otras interrogantes se requiere la cooperación activa de las mayorías y para ello es necesario que se cumplan copulativamente varias condiciones, entre las cuales se destacan las siguientes:

El programa debe ser explícito respecto de quiénes, por qué y cómo beneficia y quiénes, por qué y cómo deben soportar el sacrificio de la estabilización; llamo la atención sobre el hecho de que generalmente se descuida el aspecto vital del cómo. Debe ser perfectamente claro para los asalariados que no son ellos los que pagan el precio de la estabilización y que los otros ingresos también están sujetos a regulación, pero, al mismo tiempo, debe quedar igualmente claro que cualquier monto de ajuste de salarios no es compatible con un programa de estabilización.

En segundo lugar se requiere que el programa de estabilización tenga una base política que permita y asegure su realización. Lo que significa que la propia naturaleza del programa, de su intensidad, de sus medios, está condicionada por la realidad política de apoyo y debe ajustarse a ella. Es importante recalcar la significación del respaldo de los trabajadores organizados en cualquier esfuerzo de estabilización. Esto permite obtener con mayor facilidad la disciplina a que se deben sujetar todos los sectores.

En tercer lugar se requiere constancia; la enfermedad de la inflación que ha aquejado a Chile por tantos años no se puede terminar de la noche a la mañana. Para obtener un triunfo definitivo donde tantos han fracasado, teniendo las mejores intenciones, se necesita toda la voluntad del Gobierno y la cooperación de todos los chilenos.

Hasta la fecha estas condiciones no se han dado y es por esto que los programas de estabilización han tenido un éxito efímero y se ha vuelto al punto de partida.

Los chilenos tenemos que darnos cuenta que ésta es una tarea de todos y no sólo de un grupo de políticos o técnicos, ni siquiera de un Gobierno.